

por la zona no podrán superar los 30 kilómetros por hora para "pacificar el tráfico".



DANIEL CAPO

**En mi
universidad, se
decía que había
dos maestros,
quizá tres**

SET DE SIETE

Unos cuantos maestros

Uno piensa a veces en los maestros que ha tenido. No son muchos. A la que recuerdo con más cariño es a Sor María "Bessona", quien me enseñó las primeras letras aún antes de ir al colegio. Uno era, por aquel entonces, un niño apocado y tímido. Durante el recreo en lugar de ir a jugar, me quedaba en un aula vacía – era una planta baja, la luz entraba a través de las persianas – hasta que llegaba Sor María y me leía en voz alta, silabeando lentamente las palabras. Cuando falleció, hace unos años, pensé en esa vocación suya por la enseñanza que le hacía sacrificar su tiempo de descanso por estar junto a un niño y luego en la dulzura de la mirada, que me parece uno de los reflejos de la belleza. Leonardo Polo dijo, en una ocasión, que la belleza congrega

iluminando y que, por eso mismo, nos llama, nos somete, se hace intimidad en la persona. La belleza, por así decirlo, sería un resplandor del amor.

No recuerdo a muchos maestros más. Es cierto que los tuve y algunos buenos: Sor Catalina de Sóller y don Pep; Juana y don Santiago; Paca; en el bachillerato, Joan Company, quien ya entonces era director de la Coral Universitaria; Sebastià Melià en COU, que fue siempre un buen amigo. Pero maestros, lo que se dice maestros, creo que no los he tenido. Faltaba la fascinación, el ejemplo, la generosidad incluso. Gabriel Galmés no fue profesor mío, pero le recuerdo con una admiración especial; fue gracias a él que descubrí la literatura inglesa.

En mi universidad, se decía que ha-

bía dos maestros, quizá tres, si tenemos en cuenta a Gonzalo Redondo, que a mí me parecía un retórico brillante y un mediocre historiador. Los maestros eran Álvaro d'Ors y Leonardo Polo. Ninguno de los dos me llegó a dar clase. D'Ors era un romanista tan temido por sus alumnos como admirado. En los exámenes orales, leía en voz alta fragmentos de su manual de Derecho Romano en los que introducía sutilmente alguna errata, esperando que el alumno le interrumpiera para señalarle el error. Muchos suspendían sin haber tenido ocasión de abrir la boca. Polo, por su parte, enseñaba filosofía y era una especie de tomista heterodoxo, infundido a la vez por Hegel y por Heidegger. Eugenio Trías habla de él con auténtica fascinación. Lo prodigioso en

Polo es seguir los meandros de su pensamiento que le lleva a dialogar, a través de los siglos, con los conceptos filosóficos. Poder leer ahora alguno de sus ensayos es como escucharle en clase, escandalizándose a veces por una sucesión de axiomas o por alguna que otra tautología, pero admirando, al mismo tiempo, la fluidez y la original coherencia de su pensamiento.

Polo aseguraba que la Verdad encomienda y ponía como ejemplo el amor. Si uno ama, se entrega a ese amor y se destina en él. Sor María no lo hubiera sabido formular de este modo, pero su vida fue un ejemplo práctico de lo que Leonardo Polo predicaba: el amor a la debilidad de un niño, callado y solo, que deseaba aprender a leer.